



LA INQUIETUD POR LA FILOSOFÍA

ENSAYOS SOBRE CANON, HISTORIA Y CRÍTICA

Editorxs

**Facundo José Moine
María Carla Galfione**

La inquietud por la filosofía

*Ensayos sobre canon,
historia y crítica*

Facundo José Moine
María Carla Galfione
(Eds.)

••
Área de

Publicaciones

ffyh

Facultad de Filosofía
y Humanidades UNC



Universidad
Nacional
de Córdoba

La inquietud por la filosofía. Ensayos sobre canon, historia y crítica / Carla Galfione...[et al.]; editado por María Carla Galfione; Facundo José Moine.- 1a ed.- Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1774-7

1. Filosofía Política. I. Galfione, María Carla, ed. II. Moine, Facundo José, ed.
CDD 199.82

Área de **Publicaciones**

Diseño de portadas: María Bella

Diagramación y diseño de interiores: María Bella y Luis Sánchez Zárate.

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Foucault en la frontera de las disciplinas. *Alcances metodológicos de la práctica histórico-filosófica*

Juan Pablo Padovani*

Introducción

La vasta producción intelectual de Michel Foucault ha dejado a lo largo de los años una serie de textos e intervenciones de carácter metodológico, que si bien no deben considerarse una obra cerrada y homogénea, proporcionan algunas *pistas de trabajo* que le ofrecen a la indagación histórico-filosófica un posicionamiento crítico y novedoso para la reconstrucción de sus objetos de estudio. La exploración de esta veta metodológica del pensamiento de Foucault difícilmente pueda ser exhaustiva, y aún cuando nos permitiéramos aspirar a una reflexión que pretenda abarcarlo todo, lo que encontraríamos a fin de cuentas no sería sino un ejercicio de pensamiento fragmentario, atravesado por los avatares propios de su despliegue temporal, y reformulado según la propia especificidad de los objetos sobre los cuales va centrando su atención. Reconociendo plena autoridad a las palabras de Foucault, no encontraríamos ni la obra que anhelamos, ni el autor que daría unidad y respaldo a la misma. Por esa razón, nos proponemos en este trabajo acercar una reflexión más modesta, que logre identificar y precisar algunas de esas “pistas” que entendemos constituyen el aporte de Foucault a la historia intelectual en sentido estricto, a la filosofía en sentido amplio, y a la disciplina histórica, en un sentido polémico.

En vistas de este objetivo general, nos enfocaremos puntualmente en *¿Que es la Crítica?*, conferencia dictada por Foucault a la Sociedad Francesa de Filosofía, en el año 1978. Por estos años (finales

* CIFFyH, UNC. juanpapablodovani@gmail.com

de los años setenta) encontramos que las reflexiones de Foucault gravitan de una manera muy particular sobre la cuestión de la *gubernamentalidad*. Estas reflexiones se articulan en torno a cierta recuperación de las influencias de la pastoral cristiana en la construcción de los modernos métodos de dominación, tensionando por varios frentes el problema de la *Ilustración* en tanto episodio intelectual que determina en buena medida los senderos por los cuales transita la modernidad filosófica. En este marco general, y en la citada conferencia en particular, Foucault realiza una serie de precisiones respecto de lo que considera una de las entradas posibles a este universo de problemas: la *práctica histórico-filosófica* entendida como estrategia de reflexión que permite volver sobre estas cuestiones nodales y rescatarlas en su pura *singularidad*. Esta particular formulación metodológica, constituye un modo de acceso a los conceptos centrales del pensamiento de Foucault, al tiempo que habilita una revisión profunda de sus principales apuestas teóricas.

Durante las siguientes páginas vamos a indagar sobre las implicancias de esta *práctica histórico-filosófica*. Procuraremos dilucidar qué tan consistente es en términos metodológicos, cómo se entrelazan en ella algunos conceptos centrales de la propuesta de trabajo de Foucault, y en qué sentido ella consigue distanciarse de cierto *modo de hacer filosofía* y de cierto *modo de hacer historia*. Finalmente, nos interesa enfatizar sobre su carácter de *práctica*, ensayando alguna hipótesis sobre cuál sería en este contexto de reflexión la *tarea*, *función*, *destino* y *posibilidades de la filosofía como tal*.

El problema

En la conferencia *¿Qué es la crítica?* se ofrece, a nuestro entender, una versión resumida de aquellas recomendaciones metodológicas que viene desarrollando Foucault en diferentes investigaciones e intervenciones. Intentaremos repasarlas en sus aspectos centrales.

Cómo ya hemos mencionado, adquiere especial importancia en este texto la idea de *gubernamentalidad*, un concepto a través de cuyo desarrollo Foucault ha logrado precisar lo que constituye a su entender *los problemas centrales de la modernidad*: la relación del *sujeto con la verdad* y el *poder*, los complejos sistemas de condicio-

namiento mutuo, y los diferentes momentos de la historia en los que estos sistemas han adquirido características *singulares*, emergiendo de la masa de hechos históricos con un carácter disruptivo particular. Foucault encuentra en esta idea de *gubernamentalidad* el germen de lo que podría definirse como *actitud crítica*, un modo particular de resistencia de parte de los sujetos a los diferentes regímenes de verdad-poder por los que se encuentran atravesados.

En paralelo, la lectura de la modernidad que se ensaya en este texto tiene como presupuesto central una revisión radical del fenómeno de la *Ilustración* en cuanto episodio intelectual y cultural, corriendo el eje de análisis *desde* la crítica en cuanto define posibilidades, límites y legitimidades del conocimiento científico en sí mismo, *hacia* la crítica entendida como movimiento intelectual que identifica la relación efectiva entre ese conocimiento y los diferentes mecanismos de coerción a los que se encuentra asociado. Podríamos decir que se opera un desplazamiento desde la crítica como categoría epistemológica, hacia la crítica en cuanto acontecimiento del orden de lo cultural.

Se busca saber cuáles son los vínculos, cuáles son las conexiones que pueden señalarse entre mecanismos de coerción y elementos de conocimiento, qué juegos de remisión y apoyo se desarrollan de unos a otros, que hace que tal o cuál elemento de conocimiento pueda ejercer efectos de poder asignados en un sistema semejante a un elemento verdadero o probable o incierto o falso, y qué hace que tal o cuál proceder de coerción adopte la forma y las justificaciones propias de un elemento racional, calculado, técnicamente eficaz, etc. (Foucault, 2018)

El interés por estos particulares mecanismos viene dado porque, desde los albores mismos de la modernidad, ellos subyacen a un movimiento que expande las estrategias de gobierno y control hacia todas las esferas de la vida de los individuos. El desafío consiste entonces en pensar el *poder* en un sentido histórico y filosófico, para entender cómo y a través de qué entrecruzamientos con el *saber* logra sistemas aceptables de condicionamiento sobre las prácticas de los sujetos. Es a partir de este modo de reflexión desde donde podríamos entender *la constitución histórica de lo que somos*. Nos preguntaremos, más adelante, si no es esta comprensión, en sí mis-

ma, toda la actitud crítico-filosófica a la que podemos y debemos aspirar. Antes de eso, nos detendremos en lo que constituye nuestro objetivo expositivo más inmediato, que es revisar las implicancias de estas afirmaciones de Foucault.

En el texto en cuestión Foucault pretende ahondar en lo que denomina una *práctica histórico filosófica*, esto es, un método que permite *ficcionar* una historia de modo tal que en ella tengan preeminencia y centralidad las relaciones entre *el saber, el poder y el sujeto*. Ahora bien, lo primero que deberá proponerse una práctica de este tipo, es hacer difusos los límites y restricciones teóricas que imponen las propias disciplinas (la filosofía, la historia, la historia de las ideas), diluyendo la especificidad de los objetos que forman parte de sus dominios de investigación. Deberá posicionarse cómo una práctica de resistencia hacia ciertos modos, actores e instituciones que han hegemonizado el saber filosófico y la práctica historiográfica. Quizá por esto, promediado su exposición ante la Sociedad Francesa de Filosofía, declara Foucault de manera audaz y provocadora, que los “desplazamientos” que él propone escandalizan por igual a filósofos e historiadores. (Foucault, 2018. p. 64) Es importante detenerse en estos desplazamientos, y tratar de valorar en su justa medida la atmósfera de polémica que atraviesa ésta y muchas intervenciones de Foucault.

Los desplazamientos

A lo largo de su trayectoria intelectual Foucault ha establecido un pensamiento de la singularidad. Lo que puede ser *pensado* es siempre una parcela de la realidad que se caracteriza por configurarse de un modo específico en torno a una determinada tensión entre el *saber* (entendido como un sistema de exclusión que define lo que puede ser dicho de manera legítima) y el *poder*, que en su auténtica dimensión empírica no es sino el conjunto de mecanismos que hace posible inducir y condicionar la conducta de los sujetos. Es en ese terreno *escabroso* de la historia donde se juega la cuestión de la verdad, y por lo tanto, donde deberá dirigir su atención el pensamiento filosófico para hallar lo que históricamente ha considerado su objeto.

Foucault se encarga de dejar en claro que la historia de esa verdad nada tiene que ver con el horizonte trascendental del pensamiento, ni con su despliegue racional y acumulativo a lo largo del tiempo. Tampoco puede meramente encuadrarse en la impronta cultural del desarrollo de las sociedades occidentales, ni en formulaciones históricas que indiquen cuándo se opera dentro del ámbito de lo verdadero y cuándo se está transitando por un camino errático, falaz, ilusorio o ideológico. No existe para la filosofía una correspondencia con un objeto o una realidad tal, como así tampoco ningún complejo sistema de causalidades que den fundamento al conocimiento genuino. Tampoco queda habilitada ninguna concepción donde el sujeto opere como elemento fundante y garante de la verdad. El pensamiento de la *singularidad* reenvía a toda aspiración filosófica a lidiar con los hechos, con la empiricidad y contingencia de los mismos, con *lo que son* en tanto acontecimientos.

Esos mismos hechos, desprovistos de razón y de sentido, emergentes de azarosas disputas de *poder*, son los que se constituyen como objetos de la investigación histórica. Su dimensión *acontecimental* es la que permite describirlos en su variante más radicalmente empírica, como episodios singulares que, en tanto señalan discontinuidades, echan luz sobre la compleja matriz de posibilidades y restricciones sobre las que se constituyeron *como tales*.

De esta manera se están relativizando dos nociones caras a los estudios históricos: la periodización y la causalidad. La primera, deja de constituir un *a priori* de la investigación para volverse un elemento contingente de la reflexión, maleable, en permanente revisión; incluso secundario y siempre provisorio. La causalidad, por su parte, pierde su carácter lineal y jerarquizado, convirtiéndose en una especie de red con un sinnúmero de ramificaciones e interacciones posibles.

La *práctica histórico filosófica* como propuesta metodológica implica desandar este camino en el que las fronteras de las disciplinas son necesariamente permeables, especialmente porque comparten una misma matriz de “confusiones”, que podría identificarse (reivindicando la inspiración *nietzscheana* que invade todo el trabajo de Foucault) con la sostenida tenacidad por la atribución de sentidos, correspondencias, fundamentos, cadenas causales, finalidades,

continuidades; esa búsqueda de salvoconductos hacia realidades universales que legitiman un relato que omite los cortes, las subversiones, las disputas, las exclusiones; que se evade de lidiar con la imbricación profunda entre la verdad, el poder, y el sujeto. Por estas razones es que Foucault se expresa en relación a la incomodidad que su razonamiento implica para los historiadores, en tanto *“desplaza los objetos históricos habituales hacia el problema del sujeto y la verdad, del que los historiadores no se ocupan”*, y para los propios filósofos, debido a *“ese efecto de caída, a ese retorno a la empiricidad que ni siquiera cuenta con el beneficio de estar garantizada por la experiencia interior”*. (Foucault, 2018)

Modernidad y filosofía

Pensemos ahora la filosofía tomando como punto de partida la idea del pensamiento filosófico como el pensamiento de la verdad, o de los modos posibles y legítimos del conocer; y de la compleja relación entre un sujeto soberano que conoce, y una dispersión de objetos que pueden ser reunidos en una experiencia del mundo. El sujeto, si es fundador del conocimiento, entonces posee la voluntad y las capacidades de establecer las condiciones (y concebir las limitaciones), para que esa operación se concrete.

Esta caracterización es especialmente atribuible al modelo crítico kantiano. Este proyecto, que constituye la referencia ineludible de lo que implica la modernidad filosófica para Foucault, establece las condiciones de todo conocimiento posible, con especial énfasis en lo referente a sus límites. Esto constituye en principio una novedad filosófica e invita a pensar que la idea de verdad o saber, o los procesos mismos del conocer, podrían quedar de algún modo merced de aquel espectro de cuestiones sobre las que Foucault viene insistiendo en cada uno de sus textos e intervenciones: la dimensión histórica de los saberes, la imbricación profunda de la verdad con relaciones y efectos de poder, y todo el entramado de prácticas que involucran a los sujetos, sus decisiones, sus disputas, sus filiaciones institucionales, etc. Decíamos, con este tipo de apertura podríamos encontrarnos, pero el caso es que no, que aquello en lo que hace pie la crítica kantiana como proyecto o modelo filosófico refiere a las ca-

tegorías fundantes del propio sujeto de conocimiento (¿cómo puedo conocer?) y delimitan la realidad pasible de ser conocida (¿sobre qué tipo de entidad puedo posar mi voluntad y mi capacidad de representación?). Digámoslo de este modo: la novedad kantiana dentro de la filosofía moderna viene dada por su reserva tanto para con las aspiraciones metafísicas del idealismo, como para con cierta ingenuidad empirista de los datos puros, pero no constituye un cuestionamiento de peso a lo que funda el conocimiento en la tradición occidental, ni a la ciencia moderna como paradigma del mismo. Por el contrario, la idea de racionalidad sale fortalecida del movimiento crítico kantiano, así como la objetividad de los procedimientos, el carácter acumulativo del conocimiento, o la primacía del sujeto. La tradición moderna, no hizo más que rubricar en la combinación crítica-ilustración esta omisión de las relaciones *saber-poder*, poniendo el énfasis en las discusiones en torno a los efectos no deseados de la racionalidad, la preeminencia de la técnica sobre cualquier otro proceso reflexivo, las desviaciones, ilusiones, los excesos, las legitimidades; pero no hay en la historia de filosofía o de las ideas, señalamientos sobre la relación fundamental (interna, constitutiva) de la verdad con el poder, y con los mecanismos de coerción y *gubernamentalización* que sobre esa relación se han ido entramando.

Esta complejización novedosa que opera la crítica kantiana no proporciona ningún indicio sobre lo que habita ese vasto territorio que se extiende desde los esquemas de percepción del sujeto hasta la constitución del conocimiento como tal, y su expresión en una idea, una teoría o una ciencia. Ya en la Prefacio a *Las palabras y las cosas* se advierte que Foucault está preocupado por ese territorio medio que hace posible la aparición de las ideas, la constitución de las ciencias, la formación de la racionalidad. Esa región, anterior a toda representación, donde los conocimientos “hunden su positividad”, y donde es importante pensarlos no en términos de su verdad u objetividad, sino en cuanto a sus condiciones de posibilidad. Esa región media es lo que se identifica en el pensamiento de Foucault con la categoría de *campo epistemológico* o *episteme*, y es el objeto de estudio de la reflexión de tipo arqueológica.

Estas apreciaciones tienen como objeto ese momento complejo de la modernidad que constituye la filosofía kantiana, pero Foucault

realiza observaciones similares en torno al momento fundacional de la modernidad, representado por la postulación del *cogito cartesiano*, especialmente. Descartes presenta al sujeto como el lugar donde “hace eclosión la verdad”, postulándolo como fundamento y garantía de todo conocimiento posible, como el lugar donde la racionalidad despliega su carácter universal, evadida de toda especificidad relacionada con el momento, el lugar o el enunciador mismo de esa verdad. Alcanza con poner en suspenso las afecciones circunstanciales del sujeto (el engaño de los sentidos, pero también de los conocimientos previamente adquiridos, los condicionamientos del lenguaje, las preocupaciones circunstanciales, las pasiones que afectan al sujeto) para que esta racionalidad haga lugar a la verdad. Este sujeto es una cosa, una sustancia, un punto fijo, una referencia inapelable. Por el contrario, entiende Foucault que ese sujeto no puede ser sino un *entramado de prácticas* operando sobre un cuerpo, que emergen a la superficie de un determinado modo, en un determinado momento. Prácticas de verdad y poder, de sujeción, de coerción, de exclusión, prácticas de gobierno sobre los otros y sobre sí mismo. Ni a priori, ni fundamento, ni originalidad, ni autenticidad; el sujeto es siempre el producto de todo aquello que está operando en él, aquello que lo está constituyendo como tal.

Nos parece entonces legítimo preguntar, ¿era posible para la tradición filosófica construirse en torno a otros interrogantes? Y para ser más precisos ¿podría desandarse el camino de la filosofía, de la modernidad a esta parte, abandonando la referencia monolítica al conocimiento y las garantías de una idea soberana de sujeto, y en cambio atender a cómo se articularon estos elementos en torno al centro de gravedad que constituye el poder? Aquí es donde toma fuerza nuevamente el Kant que a Foucault le interesa reconstruir como su propio antecedente filosófico, ese que encontramos en la respuesta a la pregunta *¿Qué es la Ilustración?* y que se complementa en las reflexiones sobre el acontecimiento de la Revolución (especialmente en *El Conflicto de las Facultades*). Para Foucault, ese Kant inaugura también una tradición, pero que no tiene como eje la teoría del conocimiento y la confirmación de una “analítica de la verdad”, sino que se constituye como una Modernidad que se problematiza a sí misma, a su propia temporalidad, y que emerge como el modo en

que el pensamiento se instala en las puras polémicas y conflictividades de un presente.

Este pensamiento que se deja interpelar por el hoy naturalmente deberá dar cuenta de los fundamentos empíricos de un decir, de aquel entramado de prácticas que, lejos de establecer universalmente la verdad o falsedad de un enunciado, apenas si pueden dar cuenta de su *aceptabilidad*. Que un enunciado sea aceptable, o que un saber sea posible, implica devolverlo de lleno al ámbito de la contingencia, singularizarlo, *acontecimentizarlo*, recuperarlo en su positividad. Esta aspiración foucaultiana, si bien modesta en su formulación, asesta un golpe preciso al ego filosófico de la modernidad, disolviendo sus certezas en un sinnúmero de múltiples experiencias socio-históricas azarosamente entrelazadas.

Llegados a este punto, podemos precisar algunas cuestiones y reformular algunos interrogantes. En primer lugar, es necesario reconocer en Foucault la vitalidad de esta crítica a la modernidad filosófica (a toda la filosofía). Esta crítica se asienta en una reformulación y una puesta en el centro de atención de la idea de poder. A partir de las reflexiones del autor, el poder constituye un elemento de primerísimo valor metodológico. La indagación por las múltiples configuraciones de las relaciones de fuerza, y su doble y permanente relación con los regímenes de verdad y con la constitución de los sujetos, nos invita a abandonar cualquier idea esencialista o centralista del poder y adentrarnos en los múltiples procesos que dan forma a un determinado momento histórico. Es importante destacar aquí la dimensión productiva que Foucault le atribuye al poder, por sobre la dimensión meramente represiva, que es la que de un modo u otro ha afincado en la tradición filosófica, especialmente en la filosofía política desde Hobbes en adelante. Cualquier concepción jurídica del poder pierde de vista aquello que más específicamente lo constituye: las técnicas y economías de su ejercicio, las estrategias de resistencia, la capacidad de producir discursos y de inducir acciones. De igual modo, el análisis centralizado del poder tiende a resaltar su consumación (estado, soberanía, totalitarismo, dominación de clase) por sobre su circulación. En este sentido, la insistencia de *pensar desde el poder*, es el modo de comprender cómo a la trama de lo social subyacen las múltiples y singulares tensiones que hacen en

algún momento particular emerger un tipo de sujeto, una idea, una ciencia, un discurso, una resistencia. La indagación por las condiciones empíricas de estas emergencias, es lo que Foucault postulará cómo la dimensión genealógica del análisis.

Ahora bien, y en segundo lugar, ¿Qué elementos tiene Foucault para sostener que una tradición filosófica que decida pensar su propio devenir en estos términos pueda tener a Kant entre sus principales referentes? Es cierto que la crítica kantiana postula entre sus premisas fundamentales la necesidad de prevenirnos contra los excesos metafísicos, para lo cual se apoya sobre la idea de los límites, en tanto ellos expresan las condiciones de posibilidad de todo aquello que podemos conocer, hacer y esperar. Y es cierto también que esa crítica (que es crítica de la razón) es acompañada por un ideal de ilustración que pondera la mirada del filósofo sobre su propio tiempo, sobre las inquietudes de su presente histórico. Pero no podemos dejar de observar, aunque no sea esta la ocasión de desarrollarlo, que los textos e intervenciones kantianas en las que se da forma a esa idea de ilustración, no abandonan nunca la pretensión de postular a la Razón misma como la garante de ese proceso gradual, progresivo e ininterrumpido por el cual los hombres se valen de sí mismos, se convierten en sujetos autónomos. Este proceso, además, es de carácter universal, impregna todo tiempo histórico (aun cuando no se tenga conciencia de ello), respondiendo a una causalidad teleológica y conduciendo a una meta que no es sino la plena adecuación de la humanidad a las reglas de la Razón.

Preguntamos entonces, ¿existe entre crítica e Ilustración un desfasaje tal como el que Foucault advierte en ¿Qué es la crítica? La filosofía moral de Kant, la política, o su teoría del conocimiento, ¿implican de algún modo cuestionar la primacía del sujeto o soberanía del conocimiento racional tal y como hemos visto que pretende hacerlo Foucault? La idea kantiana de límites ¿puede ser interpretada como reticencia, desconfianza, o recusación a ciertos mecanismos de gobierno? Más allá de la disputa por el legado kantiano, la cuestión de fondo pasa por identificar los desplazamientos metodológicos que implica este reposicionamiento del autor dentro de la tradición. Intentaremos decir algo en relación a esto sobre el final de este trabajo.

Otra historia para la filosofía

En el apartado anterior hemos revisado el posicionamiento metodológico de Foucault contra cierta tradición disciplinar de la filosofía, esto es, el delineamiento de ciertas estrategias para una *práctica histórico filosófica* a partir del señalamiento de ciertas cegueras en las que tenazmente ha permanecido estancada la filosofía del sujeto, o la teoría del conocimiento moderna. Ahora bien, ¿Qué se puede decir en este sentido de los supuestos y *modos* de los historiadores? ¿Qué mirada sobre la historia reclama Foucault para constituir esta perspectiva crítica sobre el presente que ilumine de otra manera los eventos del pasado?

Durante toda su trayectoria intelectual, Foucault se mantuvo en una relación polémica con la historia como disciplina. En principio porque, desconociendo abiertamente algunos de sus presupuestos disciplinarios, se embarcó en el estudio de objetos atípicos, complejos, muchas veces definidos arbitrariamente por su propio posicionamiento interpretativo en relación al pasado, y abordados desde una perspectiva que insistió en la idea de *filosofar* los estudios históricos, procurando que graviten sobre los temas que a su entender articulan el discurso histórico. Dicho en sus propios términos, una historia *ficcionada*, “que esté surcada por la cuestión de las relaciones entre las estructuras de racionalidad que articulan el discurso veraz y los mecanismos de sujeción ligados a él”; esto es, la relación (filosófica) *entre saber, poder y sujeto*. Que esta relación opere como el centro de gravedad de cualquier inquietud que movilice especulaciones hacia el pasado, es para los historiadores, cuando menos una distorsión metodológica. Para Foucault, en cambio, es la única manera de responder a la cuestión ¿Que somos actualmente? ¿Qué parte de nuestros pasados nos constituyen actualmente como estos sujetos que somos?

No es un elemento a subestimar que sean estas las preguntas a las que Foucault está intentando dar forma en esta etapa de su vida intelectual. Al tiempo que sus reflexiones profundizan en la cuestión de la *gubernamentalidad*, se empiezan a hacer presentes con fuerza las tesis relacionadas con la *ontología histórica de nosotros mismos*. En tanto sujetos que formamos parte de una actualidad y en

tanto somos capaces de preguntarnos de manera crítica por nuestro presente, toda relación con nuestro pasado será resignificada a partir de indagar cómo el pensamiento y las prácticas humanas hacen posible la emergencia de un sujeto particular, afectado por cierto tipo de racionalidad y sometido a determinados mecanismos de coerción; con la libertad para elegir estratégicamente sus conductas pero al mismo tiempo condicionado para concebir modos de acción radicalmente alternativos. A fin de cuentas, un sujeto que se constituye en la contingencia de sus experiencias históricas.

Esta especificidad metodológica, esta *práctica histórico-filosófica* que pretende reinterpretar la idea de sujeto en sus relaciones con cierto régimen de verdad y poder, acompaña un movimiento que tiende a poner en cuestión los tradicionales “cortes” o períodos de la historia clásica, abriendo paso a un acercamiento por estratos. Esto es, de acuerdo al nivel de análisis en el que la investigación decida enfocarse, la *periodización* será diferente, y podrá ir modificándose conforme se vaya ajustando el objeto de estudio. No existe una *periodización per se*, así como no existe un trazo lineal de la historia que permita individualizar el acontecimiento particular, aislarlo, neutralizarlo y finalmente subsumirlo en un relato global. Por el contrario, Foucault nos invita a pensar que cada acontecimiento abre un registro propio, atravesado por nuevas y múltiples relaciones, por lo cual la discontinuidad es la regla del análisis histórico, no su excepción ni su anomalía. La *periodización*, que en un abordaje histórico “clásico” constituye uno de los puntos de partida metodológicos, es en Foucault el resultado, siempre provisorio, de un espectro de entrecruzamientos casi imposibles de delimitar *a priori*. En este sentido, el análisis histórico deberá permanecer en el ámbito de la pura immanencia, de lo singular, y en términos metodológicos, de lo descriptivo. La voluntad de construir recortes de larga duración para que los hechos empíricos respondan a un criterio explicativo o a un modelo de relato causal encadenado, debe abrir paso a una práctica historiadora que se apropie de la discontinuidad como criterio de encuadre de su objeto de estudio, y que a partir de ello elabore las series temporales que le puedan corresponder.

El otro principio puesto en cuestión es, como habíamos anticipado, la idea de *causalidad* que opera en la historia. En *¿Que es la*

crítica?, Foucault identifica tres elementos constitutivos de esta idea que dejan de ser operativos si se piensa en términos de discontinuidad: la remisión explicativa a una instancia última, la jerarquía intrínseca a todo sistema causal, y la idea de necesidad o inevitabilidad. Resultaría imprudente imputar a toda práctica histórica operar con una idea tan radical de causalidad; de hecho el cuestionamiento de Foucault parece ir dirigido más precisamente a cierto *modo general* de la concebir la historia, o a cierto *estilo* en las formulaciones ontologizantes que la filosofía hace de ella. Esto es, el foco de la acusación sería más bien la filosofía de la historia (de corte hegeliano, positivista, marxista, etc.) que la práctica historiográfica en sí. De todas maneras, vale destacar que en esa crítica a la idea de causalidad es donde se posiciona Foucault para advertir que pensar la singularidad implica un abordaje causal en modo de *red*, con relaciones múltiples, interacciones variables y determinantes heterogéneos. Involucra un ejercicio de pensamiento que haga inteligible esa singularidad, que exponga los elementos empíricos que constituyen sus condiciones de posibilidad, y no que aspire a determinar cómo respondería a una determinada unidad causal.

El recurso a la causalidad en la historia opera para Foucault como una “*escapada hacia la forma pura*”, un “*recurso fundador*” que permite “*rodear, reducir, borrar*” lo discontinuo en la historia, para salvar un encadenamiento racional de los acontecimientos. Y para conservar también el carácter soberano del sujeto de conocimiento. Ya en 1968, en una respuesta al Círculo de Epistemología, Foucault advertía cómo funciona esta idea de continuidad en el quehacer histórico:

Querer hacer del análisis histórico el discurso de lo continuo, y de la conciencia humana el sujeto originario de todo saber y toda práctica, son dos caras de un mismo sistema de pensamiento. En él se concibe el tiempo en términos de totalización, y la revolución no es otra cosa que una toma de conciencia. (Foucault, 2013)

Esta confluencia de la historia como continuidad y la filosofía como filosofía del sujeto es un hecho que Foucault verifica en la tradición, más precisamente en los modos en que la tradición ha consolidado una determinada manera de abordar los episodios de su propio desarrollo histórico. Conviene ser precavidos en relación a

cuánto peso pueden tener estas interpelaciones para el quehacer de los historiadores, pero no debemos pasar por alto que constituyen un modo particular y consistente de posicionarse en el cuadro de la historia intelectual.

La subjetividad crítica

La apuesta teórica desarrollada por Foucault en *¿Qué es la crítica?* debe entonces ser leída como un abanico de reflexiones que vienen a proponer un método de trabajo innovador para la historia intelectual, marcando un distanciamiento particular con la tradición de la filosofía moderna, y rechazando un cierto modo *general* de “hacer historia”. En este apartado final, procuraremos precisar el sentido de esas críticas de Foucault, especialmente en lo que refiere a la historia de la filosofía. De igual manera, y en lo que a la filosofía respecta, intentaremos ensayar algunas respuestas en torno a las inquietudes iniciales que versaban sobre su función, destino y condiciones de posibilidad.

La crítica foucaultiana parte de la recuperación y reformulación de la pregunta kantiana por el presente. ¿Qué somos actualmente? ¿Cómo hemos llegado a constituirnos históricamente en esto que somos? ¿Qué relación debemos establecer con el pasado para que pueda este presente referenciarse en él con sentido? Estas preguntas son el punto de partida metodológico: la *práctica histórico filosófica* encuentra su sentido en la problematización del presente y la reflexión debe orientarse naturalmente hacia el *pensamiento* y sus productos (los discursos, los saberes, las disciplinas, etc.), pero entendido como una práctica entre otras tantas que afectan a los sujetos y las sociedades a lo largo del tiempo. Este doble énfasis en el pensamiento y las prácticas, recorre insistentemente todo el derrotero teórico de Foucault, y podría formularse en una serie de preguntas o señalamientos metodológicos: ¿Qué prácticas de verdad y poder salen a la luz cuando se interroga un hecho histórico en su singularidad? ¿Cuál es la lógica de aceptabilidad de ciertos discursos y prácticas? ¿Cómo es posible que ciertas cosas sean dichas y ciertas acciones ejecutadas? ¿Cuáles son los indicios que advierten sobre el origen de un determinado régimen de verdad? ¿Qué tensiones im-

pone el sujeto sobre la articulación de esa verdad con mecanismos de poder? Las huellas sobre las que desandar estos interrogantes ponen al *pensamiento*, en cuanto fuerza que produce cosas, en un lugar de fuerte reivindicación metodológica. Sin embargo, para poder indagar acerca de él, es importante tomar distancia de la lógica origen-continuidad-totalización que impera en la vieja historia de las ideas, al tiempo que reconocer que el pensamiento en cuya historia queremos reparar no se agota en sus representaciones discursivas, y mucho menos en la primacía hegemónica de los textos. La historia de la filosofía, a veces identificada por Foucault con la historia de las ideas, procura una identidad entre la representación y los textos (y por ello permanece en la dinámica de atribuciones que gravitan sobre las nociones de obra y autor), y subsume todo el “excedente” en conceptos tales como antecedente, contexto, o tradición. El modo en que Foucault toma distancia de esta lógica constituye la especificidad de su aporte a la historia intelectual y a la polémica con los modos de hacer historia.

En primer lugar, porque nos propone un tipo de indagación que problematiza el presente, pero evitando el anacronismo de atribuir sentidos actuales a cuestiones del pasado. Más bien, se promueve una práctica que logre identificar marcas, huellas, experiencias del mundo cuyas potencialidades explicativas se subordinen, no a un relato finalista, sino a un trabajo de investigación que haga aparecer los juegos de fuerza que han favorecido la emergencia de una particular configuración de saber y poder, de verdad y dominación; así como las posibilidades de identificar, a partir de ello y en la plena dispersión de los acontecimientos, la formación de un determinado tipo de subjetividad.

En segundo término, trata de ratificar que es en la historización de las modernas modalidades de pensamiento y su cristalización en saberes, regímenes de verdad, disciplinas, ciencias, sistemas jurídicos y morales, donde se manifiestan estas marcas constitutivas de nuestros modos de ser y hacer contemporáneos, no como proyección de significaciones ideales, sino como una amalgama de experiencias múltiples, heterogéneas y contingentes, más emparentadas con disputas acotadas y coyunturales que con al despliegue de una

racionalidad capaz de discernir a lo largo del decurso histórico entre la verdad y el error.

Finalmente, reivindicar el carácter abierto y permeable que toda configuración histórica del pensamiento muestra para con una diversidad de prácticas no reducibles al discurso, y la consecuente articulación de una red causal compleja que amplía el ámbito de estudio hasta abarcar los más ínfimos detalles, los más sutiles episodios, cada afirmación, tensión y desviación, en fin, la empiricidad en su acepción más radical.

A través de estas observaciones, de fuerte impronta nietzscheana, Foucault ajusta cuentas con un modo de concebir y abordar los estudios históricos. En lo que respecta a la filosofía como tal, la referencia que continúa operando en este texto en particular es, como ya hemos dicho en varias oportunidades, Kant. La discusión en torno a crítica e Ilustración permite a Foucault ubicar también a la filosofía dentro de este doble juego de actualidad e historicidad. La demanda que el discurso filosófico no puede ignorar tiene que ver con la necesidad de enriquecer su perspectiva con datos efectivos de la realidad. El discurso filosófico no será ya el lugar privilegiado desde donde discutir la verdad en su dimensión trascendente, pero sí es a partir de él que se puede identificar en la historia un conjunto de elementos de conocimiento (saber), iluminar la relación que mantienen con ciertos mecanismos de coerción, y a partir de allí enunciar las condiciones de aceptabilidad de un régimen de verdad. Esta descripción se corresponde a grandes rasgos con la mirada arqueológica que Foucault defiende durante toda su trayectoria intelectual. Si a esa dimensión arqueológica, que nos permite ver cómo es posible que funcione un determinado sistema de verdad-poder (y vale aclarar que este sistema debe efectivamente funcionar o haber funcionado como tal, debe ser rescatado en la singularidad de su acontecer histórico, no en sus puras condiciones trascendentales), agregamos la pregunta por la procedencia, o la emergencia de ese régimen; o sea, si indagamos por la multiplicidad de causas que pueden tener como efecto ese régimen, entonces estaremos dando al análisis también una dimensión genealógica (emergencia que omite la referencia al origen, porque desestima el ordenamiento jerárquico de las causas).

En esta línea, cabría preguntarse por la especificidad no ya del discurso o el razonamiento filosófico, sino de la *práctica filosófica* entendida no en el marco de una definición abstracta vinculada a la búsqueda de la verdad, ni de una definición metateórica en relación a los procedimientos del razonamiento verídico, sino pensando en ella como una *actividad*. Como la construcción *por capas* de una perspectiva desde la cual el sujeto puede diagnosticar sus propias condiciones de constitución como tal. Hemos señalado que la conferencia *¿Qué es la crítica?* es representativa de una etapa del pensamiento de Foucault en el cual se problematiza la modernidad desde la particular relación que se establece en ella entre la verdad, el poder y el sujeto. La particularidad de este período viene dada por la expansión en todos los terrenos de la vida social de estrategias que tienden al gobierno de los individuos. En este sentido, la preeminencia de un pensamiento que consiga posarse sobre el presente, pero recuperando la historicidad que lo constituye, habilita a pensar la construcción de una perspectiva crítica, esto es de sospecha y resistencia, que permita al sujeto un nuevo posicionamiento frente a la sujeción a la que queda sometido por el singular juego de fuerzas que se plantea entre los saberes y los mecanismos de coerción. Esto es, si bien la modernidad postula una soberanía del sujeto de conocimiento, ella implica sin embargo un tipo de sujeto *atrapado* en sus relaciones, delimitado por regímenes que exceden la pura relación con la verdad. Es allí donde la actitud crítica se hace sentir cómo un llamado a la resistencia. No se trata de pensar en términos de anarquía epistemológica o rebelión política, sino en una actitud que aboga por constituir una matriz interpretativa desde la cual identificar los elementos que han constituido este *presente así y tal como lo transitamos*, y encontrar en la puja de fuerzas que atraviesan todo tiempo histórico, una subjetividad capaz de reinventarse ante cada nuevo juego de saber y poder.

Bibliografía

Castro, Eduardo (2023) *Introducción a Foucault*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- Chartier, Roger (1996). *Escribir las prácticas: Foucault, de Certeau, Marin*. Buenos Aires: Manantial.
- Chignola, Sandro (2018). *Foucault más allá de Foucault: Una política de la filosofía*. Buenos Aires: Editorial Cactus.
- Dreyfus, Hubert & Rabinow, Paul (2017). *Michel Foucault, más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Monte Hermoso.
- Foucault, Michel (2018). *¿Qué es la Crítica? Seguido de La cultura de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (2008). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Foucault, Michel (2010). *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Foucault, Michel (2008). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial
- Foucault, Michel (2013). *¿Qué es usted profesor Foucault? la arqueología y su método*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel (2011). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Veyne, Paul (2014). *Foucault. Pensamiento y Vida*. Barcelona: Paidós.